



MESA DE LOS TRES REYES

(Fot. y texto de «Pakol»)

MESA DE LOS TRES REYES

Escritores hay que nos han señalado la cumbre de Mesa de los Tres Reyes como lugar de reuniones reales en tiempos pretéritos, donde los monarcas de los Reinos de Navarra, Aragón y Bearne se enfrentaban personalmente para discutir sus problemas de vecindad —que también entonces los habría gordos— sin salirse ninguno de ellos de su propio territorio. Mas, como ya lo han dicho los montañeros navarros, esta «mesa» debió existir al sur de su provincia, allá por la fértil Ribera, que es donde acudirían los soberanos citados, trocando, claro está, el bearnés por el de Castilla.

De ahí, pues, que la denominación del pico que nos ocupa no quiera explicarnos otra cosa que la convergencia de tres antiguos reinos. Porque además, nos parece aquello demasiado cumbre para un debate entre regias personalidades, por muy «cumbre» que fuese la conferencia.

Dejando que todo lo que el «Iru Erregen Maia» tiene de historia quede envuelto en esas nieblas que jamás se disiparán, en contra de lo que hacen las que continuamente cubren y descubren su aguda cresta, recordemos el honor que tiene esta cima de ser —además de la más oriental— la más elevada del Pirineo roncalés, y por tanto, de todo el País Vasco, ya que es en esta zona donde se hallan enclavados nuestros únicos «dosmil».

Un mínimo de cinco horas de dura marcha necesitaremos para alcanzarla siguiendo cualquiera de los más conocidos itinerarios que parten de Belagua (Isaba). Pero si bien es verdad que siempre que los excursionistas comentamos una ascensión terminamos con «que el esfuerzo queda bien compensado», en el caso de «la Mesa» quedamos obligados a repetir la apostilla con mayúsculas. Ahí es nada dominar una extensa porción de la alta montaña pirenaica, situados en el punto culminante de nuestra región, colgados sobre el azulado ibón de Lhurs, volando con la vista sobre las verdes campiñas de Lescun y oteando al nivel de las retadoras cumbres del Pirineo aragonés o del Anie.

Las reducidas dimensiones de su cima harán colocarnos muy cerca de la pequeña estatua de bronce de San Francisco Javier que allí nos espera. Y un motivo más fuerte nos hará acercarnos a él también espiritualmente. Iru Erregen Maia, adecuado pedestal para un vasco tan grande como aquel de Xabier...

Mirando desde las escabrosas laderas del Pic d'Anie, vemos a «la Mesa» elevarse desde las profundidades de un barranco aparentemente sin fondo, hasta meter literalmente su testa en las nubes. Asomado sobre su hombro, el espolón francés de «La Table», su eterno escudero. Más hacia la izquierda, la atenta actitud del también galo Pene Blaque, parece rendir pleitesía al rey de los montes de la vieja Baskonia.